

FERNANDO LAMBERG

ANGEL CRUCHAGA SANTA
MARIA

UNA ESPECIE de invisible aureola circundaba sus cabellos blancos y sus ojos aislados del mundo exterior parecían traerle visiones internas. La solemnidad, la dignidad de sus ademanes nos recordaban a los viejos patriarcas y entre los árboles de la Casa de la Cultura de Ñuñoa, se detenía a veces como una estatua que fuera capaz de asombrarse.

Porque el asombro —virtud esencial de la poesía— pareció siempre gobernar sus actitudes en que el gesto vacilaba entre la perplejidad y la gracia.

Destinado a un cielo poético por el nombre y el apellido materno, inició su obra bajo el signo del misticismo. La Figura de Jesucristo como una estampa de infinita dulzura o la paciencia de Job, alabando a su Creador desde el muladar en que éste lo somete a una prueba terrible, despertaron su imaginación. No fue la religiosidad de su primera etapa el jocundo salmo de David ni el aullido de los profetas. Siempre existió en él un lamento en que la desolación se expresó con señorío, en que el sollozo tuvo la diafanidad de un cristal entristecido.

Cuando nuestra poesía ha experimentado cataclismos y resurrecciones, cuando el lenguaje lírico parece explorar interminable y angustiadamente sus últimas posibilidades, se hace difícil para las nuevas generaciones comprender la renovación que en una fecha —1915— significó *Las manos juntas*. Porque después de este libro, otros poetas se hundieron en el fango y las rosas, mezclaron lo ridículo y lo sublime, el sentimiento y la audacia, nuevas figuras parecieron extenderse sobre el panorama.

Además —sumergido en su mundo— Cruchaga volvió una y otra vez sobre los materiales que su primera revelación le había aportado. La abeja, el anillo, el laurel, desplegaron la esencia de sus reinos diversos.

¿Existe un misterio intraducible en la obra de Angel Cruchaga? En su libro *Los cirios* (1923) escribió "La oración del ciego", poema en prosa al cual pertenecen estas líneas:

Oh, mi Señor, que sea yo el ciego que a través de sus pestañas siente descender el día y no sabe cuál es la hora rosada ni la azul porque sólo vive en tus centellas dormidas.

*Que sea como el ciego en cuyas venas el cielo se desliza gota a gota.
¡Que nada me robe tu imagen!*

Los cirios se compone de 32 poemas en prosa titulados oraciones. El primero es "La oración del ciego" y el último "La oración al caer en Tu seno", que termina con las frases:

*¡Recíbeme, Señor, en Tu gloria!
¡Cómo diré en un grito al caer en tus brazos la belleza del mundo!
¡Perdóname, Señor, por mi tristeza!*

Esta tristeza en que vivió el poeta, ¿surgió de una experiencia desoladora, fue el fruto de un amor no cumplido o tan sólo una defensa ante un mundo hostil, inconsecuente, de sonido y de furia?

Dice su poema "El amor junto al mar":

*Eres más bella cuando estoy más triste.
En mi desgracia largamente vivo.
Soy en el desamor tan desolado
como los continentes sumergidos.
Tu áurea cabeza brilla
en la tarde sutil y soledosa.
¡Pobre mi corazón que está llorando
y hasta su Dios se va como una ola!*

Esa mística contemplación de sus primeras obras deriva más tarde, bajo el influjo de las personas y las circunstancias, hacia un canto social. El hombre absorto en la visión celeste, el solitario rodeado por la desolación, intenta exaltar su patria, las luchas de los hombres, la adhesión a determinadas doctrinas.

No cambia, sin embargo, su instrumento expresivo y desea que el mismo verso, la misma imagen, el tapiz de sus metáforas más amadas, cante otros motivos.

El poeta se entrega intelectualmente a una concepción diversa del mundo. Su razón le muestra la ardua lucha histórica del hombre, el avance y el retroceso de una vida más amplia y más clara para las multitudes; pero su lira, la red de oro de sus palabras preferidas, no concuerdan con este imperativo que la razón le muestra.

En la etapa de aproximación a lo nacional, a lo popular, sus poemas más logrados corresponden a la exaltación de ciertos paisajes, de ciertas transparentes tradiciones. Rostro de Chile (1955), muestra la belleza lograda cuando consigue unir su vertiente al caudal de la Patria.

Angel Cruchaga nació en Santiago en 1893; obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1958. Su vida estuvo exenta de grandes altibajos, deslizándose muchos de sus días en la rutina burocrática, pero su fidelidad al quehacer poético, su vocación literaria jamás disminuyeron.

En la Biblia, tanto en el áspero Antiguo Testamento como en el fraterno Nuevo Testamento, encontró una fuente de inspiración.

Su libro *Job* nos habla del "santo del muladar, terrible santo" y en el horror de su historia, en el infinito enigma de su desenlace, halla Angel Cruchaga un tema al que reiteradamente vuelve.

Cuando mira a Jesucristo no ve en su figura una imagen terrible o misteriosa, sino que dice: "el más leve de los sollozos puede rizarte como a un remanso".

¿Cuáles son los valores más permanentes de su obra, cuál es su lugar entre las constelaciones?

En la tristeza de Cruchaga existe la grandeza de la resignación, el señorío de las emociones sometidas. En su amor, en su contemplación de la vida hay un sufrimiento tan diáfano que se aproxima a la serenidad, y surge así la paradoja de que un leve dolor puede alterar el gesto, mientras los dolores más intensos dotan de solemnidad a nuestros ademanes.

*Pudo un banal amor encenderme las venas,
pero ellas en el cuerpo se volvieron cadenas.
Entregué mis estrellas hasta quedarme exhausto
y aquella amada nunca comprendió mi holocausto.
Tú que estás inundada de cielo y eres clara
como si eternamente el Cristo te mirara,
perfumaste mis siglos, tu claridad me diste.
Era tu amor el único digno de hacerme triste.*

Este poeta que vivió vuelto hacia la muerte, inclinado sobre su misterio como al borde de una fuente hechizadora, ha terminado por llegar a ese día que tanto cantara: el de su jornada última.

El blanco fulgor de su cabellera, la llama de su lírica tristeza, continúan en nuestro recuerdo, y el tiempo ha hecho realidad aquel lamento en cuyo hondor vibra, sin embargo, una secreta alegría.

*La huella de tu cuerpo se hizo eterna
sobre mi corazón, valle de miel.*

*Quise aspirar en tu cabello el mundo.
Tras de la muerte llevaré esta sed.*